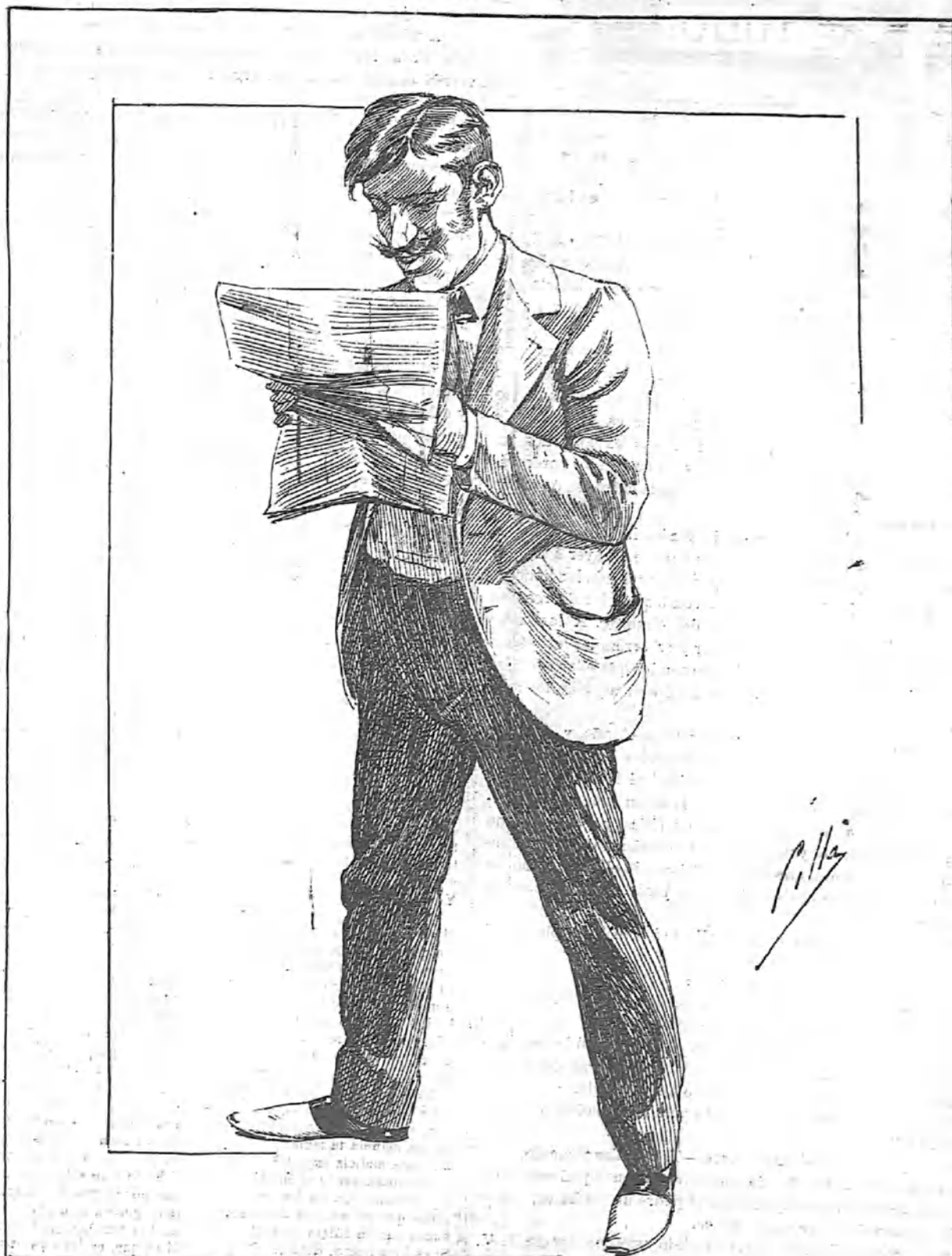




Madrid COMICO

Director: SINESIO DELGADO

AVISOS ÚTILES



—«Dafnis, R. S. 74.—Te adoro com. siemp. Deseo darte bes. en el big. Envía dinero letra urge. Angel. Pichón. Lucero.—Cloe. Q. 56...»
 ¡Me quiere! ¡Me quiere más que á las niñas de sus ojos! Bien claro lo dice.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—En la sombra, por Angel R. Chaves.—A medias, por Eduardo de Palacio.—El siglo y el claustro, por Eduardo Bastillo.—¿Ha visto usted á mi marido?, por José Zañonero.—El rey de las selvas, por Juan Pérez Zañiga.—Madrugal, por Sinesio Delgado.—Nocturno, por Andrés Pérez de la Greda.—Fantasía celestial, por Federico Canalejas.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Avisos útiles.—Sainete fatimo.—Anuncios, por Cilla.



Pasaron ¡ay! las verbenas, dejando dulces recuerdos en la mente de la juventud bulliciosa y coreográfica.

Aquellos bailes en la vía pública no se horrorarán fácilmente de la imaginación de los chicos calaveras que se entregaban con deleite á la polka china, recientemente importada por un comisionista andaluz picado de viruelas, pero amante de la innovación y de la alegría.

Ha habido vecinos malhumorados, seres ridículos y groseros, que protestaban contra la grata costumbre de los bailes al aire libre y decían que el bullicio y el sonsonete de los pianos de manubrio les quitaba el reposo. ¡Vaya una salida! ¿Conque es decir que la juventud no pueda entregarse libremente á sus expansiones íntimas? ¿Van á prescindir los chicos solteros de sus fiestas coreográficas porque á una señora de la vecindad le duela la cabeza ó porque hayan sacramentado á un vecino?

El ayuntamiento, que se pone en la razón, ha autorizado los bailes en la vía pública, y hemos tenido el gusto de ver á Pepito Cerote y á Arturo Medellín con el pelo rizado, haciendo los honores de la fiesta, y á las chicas de Bandullete con lazos color de rosa en el pelo y abanicos de pluma pendientes del cinturón. Á las cinco de la tarde ya estaban dispuestas á bailar y recorrían las calles inmediatas al improvisado salón, dando á entender que ellas eran las reinas gobernadoras y su mamá la reina madre de aquella fiesta de vecindad.

Para bien ser, estos bailes debían durar todo el año, y eso que algunos chicos bailarines sufrieron contrariedades de importancia, porque no asistían á la oficina con puntualidad ni hacían las cosas á derechas. Uno que es escribiente segundo de un juzgado municipal fué nombrado bastonero por su guapeza física y porque tiene un traje claro muy bonito, y el hombre se entusiasmó con su nombramiento hasta tal punto, que se fué del juzgado el día 7 y no se le ha vuelto á ver el pelo hasta el 11 por la tarde. Al entrar en la oficina le dijo el jefe:

—¿Dónde ha estado usted metido? ¿Es así como cumple usted sus obligaciones?

Y él contestó con cierto aire de orgullo:

—¿Cómo quería usted que viniese á la oficina siendo bastonero? ¿No ha leído usted mi nombre en los periódicos?

Á otro que está en una tienda de hules se le alborotó la imaginación con motivo de la verbena, y confundía las marcas de la casa de una manera lamentable y con perjuicio del comercio.

Entró una señora á comprar un tapete para una camilla, y dijo:

—¿Cuánto es?

—H. V.—leyó el joven en la etiqueta.—Tres reales y medio.

La señora se llevó el tapete sin regatearlo, y en aquel momento entraba en la tienda el principal, ó sea el padre de los hules, que se enteró de la operación y se puso furioso.

—¿Cómo?—gritó indignado.—¿Ha vendido usted un tapete H. V. en tres reales y medio? ¿Se ha vuelto usted loco, Isolino?

El dependiente no sabía qué decir ni cómo disculpar el error, hasta que arrojándose á los pies del principal murmuró sollozando:

—¡Máteme usted, D. Jacobo!

—¿Pero qué le pasa á usted?

—Con eso del baile de la verbena no sé lo que me hego.

El principal comprendió que hay en la vida de la juventud momentos de verdadero frenesí, y no sólo disculpó á Isolino, sino que puso en sus manos otro tapete con cenefa ancha, diciéndole:

—Tome usted. Hé aquí mi donativo para la rifa.

Isolino abrazó al principal y por su gusto hubiera bailado con él una mazurka detrás del mostrador; pero no quiso faltarle al respeto.

Jamás ha habido en las calles animación igual á la producida por las verbenas. Aun las personas menos alegres tomaban parte en la diversión y bailaban de vez en cuando. Don Zenobio, comadrón respetable, que tiene una chepa antigua en forma de barreño y vive agobiado por aquella enorme pesadumbre, balló la polka china con su señora y quiso repetir la operación con una vecina esposa de un hojalatero, á lo que se opuso éste gritando:

—Á mi señora no hay quien la baile estando yo aquí.—Y cogiéndola por la cintura, como quien coge un talego, se puso á dar vueltas vertiginosas al compás del organillo, entre los aplausos de la multitud.

Pero los hijos de la hojalatero, que no tenían costumbre de ver á su mamá girando como un zarandillo, comenzaron á gritar desesperadamente, y uno se tiró de bruces sobre las baldosas pateando. Enfurecióse el padre.

—¿Cómo se entiende, melón?—gritaba al oído de la criatura.—¿No sabes que estamos bailando? ¿Crees que voy á matar á tu madre? Á ver cómo te sientas y te estás callado, que no pareces hijo mío por lo bruto.

Pero los chicos no cesaban de gritar, y entonces el hojalatero comenzó á repartir sopapos entre la prole.

Aparte estos disgustillos, las verbenas han dejado recuerdos gratos en todas las imaginaciones, y de tal modo nos habíamos acostumbrado á la música callejera, que ahora nos ponemos á trabajar y echamos de menos el sonsonete de los pianos de manubrio y el dulce rumor de los bailarines.

Si en nuestra mano estuviera, pediríamos al ayuntamiento bailes todos los días, para recreo de los vecinos y satisfacción de los que tenemos que ganarnos el pan con el sudor de la pluma.

LUIS TABOADA.

EN LA SOMBRA

(CUENTO DE DOS SIGLOS HA)

«Seguido de dos lacayos vestidos de tus colores y jinete en una yegua más oscura que la noche, dicen que se ve un hidalgo rondándote los balcones desde que el sol aparece hasta que su luz se esconde. Añaden que de tus rejas todas las mañanas coge tu dueña á cientos billetes y á miles ramos de flores. Y que da más de un desvelo á cierto alcalde de corte el ver que no pasa un día sin que hallen sus porquerones, apenas la blanca aurora su leve cenital descega, frente de tus celosías herido ó muerto algún hombre. ¿Ese galán que te ronda á qué sagrado se acoge que ni justicias le inquietan ni halla quien sus fieros dome? ¿Qué condición es la suya que, sin respeto á tu nombre, de esa manera tu fama á la ruin malicia expone? ¿Con esperanzas le alientas? ¿Le premia con tus favores? ¿Ó es que tus muchos desdenes hacen que en cólera monte? Si es lo primero, debiste desechar mis pretensiones, sin dejar que tu buen padre de hijo titulos me otorgue.

Y si es lo segundo, en poco mi espada y mi aliento ponés, si dudas que de importunos librate una y otro logren.»

Desde Bargas, donde mora desde que dejó la corte, para aportar á un litigio no sé yo qué papelotes, esta carta cierto hidalgo remitió, franca de portes, á la hermosura que tiene su valantad en prisiones.

II

«Ni con pajes, ni sin ellos, ni con ni sin mis colores, ni á pie, ni jinete en yeguas oscuras como la noche, han podido ver galanes rondándome los balcones los que por mi calle cruzan cuando el sol su luz esconde. Pues, desde que ausente lloro al solo á quien mis favores dan derecho á que á billetes y á serenatas me acose, ni esclava, ni dueña alguna á mis mandatos conforme, de mis bien cerradas rejas ha osado tocar los gonces. Y hartó bien sabes que á daria que por su gusto se impone tan rigurosa clausura no hay amador que la ronde. Si es que, esclavo en otras redes, buscas resquicio ó esconce por donde romperse pueda lazos que hoy das par prisiones.»

no quieras á tus mudanzas
prestar de celos el nombre,
que si te falta firmeza,
como franqueza te sobre,
ni esperes que de mi labio
salga el más leve reproche,
ni has de temer que mi padre
promesas tuyas invoque.
Sólo á rogarte me atrevo
que jamás en boca tome
á la que, ya que no taya,
no ha de ser de ningún hombre.

Regado en amargo llanto
desde la cruz hasta el sobre,
á Burgos mandó este pliego,
en son de aquel que responde,
cierta hermosísima dama
cuyas raras perfecciones
tienen trastornado el seso
á más de un lindo en la corte.

10

Al rayar de una mañana,
y en una calleja donde
tendido sobre las piedras
se ve el cadáver de un hombre,
con acre y conciso acenlo
y en malhumoradas voces,
entre un alcalde y su ronda
se cruzan estas razones:
—¿Quién era el muerto?

—Un hidalgo
que de Burgos vino anoche
y que servía á la dama
de quien son esos balcones.
—¿Con el matador se ha dado?
—Sin duda el diablo le esconde,
que sus huellas han perdido
los sabuesos de más porte.
—No es de extrañar. Eso pasa
siempre en estas ocasiones.

¡Bravas están las justicias
en estos tiempos que corren!
Y tres lanzar el alcalde
á sus gentes dos sofones,
seguido de dos corchetes,
tras de una esquina perdidos,
murmurando:—Pues por ésta,
ó pierdo de alcalde el nombre,
ó, si el agresor parece,
júrole á Dios que le ahorque.

IV

¿Y pareció al fin y al cabo?
Mar tan revuelto es la corte
que es difícil que parezca
lo que sus aguas esconde.
Sin embargo, que usaría
cumpliera sus intenciones,
lo saben cuantos su celo
y su rectitud conocen.
Mas ¡ay! que una de esas penas
inopinadas y atroces,
que no hay pecho que resista
al alma humana que soporte,
le fué obligado á que aquel cargo
que tan bien sirvió abandone
y que su inflexible vara
á las plantas del rey pose.
El hijo que fué su encanto,
mancebo de tales dotes
que de su vejez causada
era el embeleso y norte,
con asombro de la villa,
apareció cierta noche
colgado en su propia casa
de una raja á los barrotes.
Y aunque la sombra el secreto
de aquella tragedia esconde,
con veneración repiten
todos del alcalde el nombre.

ÁNGEL R. CHAVES.

À MEDIAS

Y gritó el alguacil, desde la puerta:
—Petra Lanares y Dionisio Moles.
—Presente—respondieron una y otro,
—Pasen ustedes.—Como dos consortes
entraron en la sala del juzgado,
saludaron, y el juez dijo, de golpe:
—¿Dionisio y Petra? Bueno. ¿Quién es Petra?
Conque ella respondió:—Ya se conoce;
servidora de usía.

—¿Usted demanda
al señor por la deuda de diez noches
á razón de peseta cada una,
que debe á usted por hospedaje el hombre?
—Sí, señor, es verdad; es un tramposo
que se quiere comer lo de una pobre.
Le admití por favor, le daba lecho
y le estaba esperando hasta las doce.
Tenía gabinete, mobiliario
y consideraciones;
quiere decir: lavabo, su mesita
para guardar objetos inferiores,
sábanas de hilo puro, mucho aseo,
un jergón de más y dos colchones,
dos mantas nuevas, trato cariñoso,
cobertor de crochet y... el acabóse.

—¿Y usted qué dice?
—¿Vo? Pues, mira usía,
digo que sé que, en varias ocasiones,
á los hombres les falta una peseta,
y así lo reconocen.
Pero eso de las diez es un infandio;
esta buena señora pide el doble.
Cinco la deberé por media cama,
porque la otra mitad la correspondé.
—¿Eso es verdad?

—Como una es viuda y sola
y tiene caridad y es una noble...

EDUARDO DE PALACIO.

EL SIGLO Y EL CLAUSTRO

Las dos de noble familia,
son á la vez Para y Blanca
parientes des de la cuna
y amigas desde la infancia.

Más fué la Naturaleza,
por caprichosa al dotarlas,
si dulce madre con una,
con otra dura madrastra.

De hermosura y gentileza
nació Para con las gracias,
y en Blanca, en rostro y en talle
se extremó lo desgraciada.

Para que el destino fuere
contrario en la vida de ambas,
llegó el horror del contraste
hasta el fondo de las almas.

Razón y juicio sereno
á la verdad acompañan;
la pasión en la otra reina,
por tan honda tan callada.

Acepta Para el esposo
que sus padres la deparan,
vencida, no convencida,
sumisa, no enamorada.

Y no sabe, cuando llega
temblorosa al pie del ara,
que allí sufre como víctima
la que tuvo por hermana,
en quien materia y espíritu
arden en secretos ansias
por el hombre que allí pierde
con la luz de su esperanza.

Al claustro pide refugio
y á él lleva, desesperada,
el retrato de aquel hombre
de Cristo sobre la estampa,
mientras en el mundo Para
sufre, del deber esclava,

en un combate sin gloria
y en un martirio sin palma.

Que pronto en su ilustre esposo
re el elegante canalla

que con desprecios la ofende
y la humilla con infamias.

Y aunque, al ruido del escándalo,
soble y digna se levanta
ocultando lo ofendida
con fuerte valor de honrada,

la seducción miente el triunfo,
la calumnia se desata,
pecadores la corean

y justos la oyen y callan.

Y mientras Para en el mundo
tan fiera injusticia alcanza,
y se resigna valiente

y á su dura cruz se abraza,
allá, en lo oscuro del claustro,
de amor profano en la llama
Blanca se va consumiendo
entre imágenes sagradas.

No ve á Cristo, ve á aquel hombre;
en coro y celda extasiada,
manteniendo el amor divino,
goza la pasión humana.

Á ella se entrega sin lucha,
viviendo de ella se mata,
y así va, para las monjas,
muriendo en vior de santa.

EDUARDO BUSTILLO.

¿HA VISTO USTED Á MI MARIDO?

No he de intentar hacer que se nos crea á nosotros los que tal
vez, en mangua de las facultades del juicio, vivimos en las divertidas
imaginaciones de los sueños; bástame referir éstos, y caigan,
como la simiente de la parábola, donde cayeren, y den fruto de con-
tento y de reflexiones.

Es el caso que, luego que el Prado queda desierto, cuando la brisa
de la medianoche disipa el polvo que los paseantes levantaron y
apáganse los faroles del centro y uno sí y otro no los de los lados,
cuchichean, sigilosa y amigablemente, las cuatro estatuas de la
fuente de Apolo. Como ellas son las cuatro estaciones, y año tras
año vienen repitiendo los compases del tiempo, son sabedoras de
muchos secretos, y entienden y comprenden muchas maravillas.

Oíd, pues, un relato que á mí me han hecho según el modo singular
con que las piedras, animadas por el arte, hablan en el espíritu
del hombre.

Hace años solía sentarse, en un banco inmediato á la fuente, un
viejecillo encorvado como el invierno; vestía de negro, ostentando
en el ojal de su levita el botoncillo de color de una insignia mili-
tar. Apoyando sus manos sobre el puño de un bastón, y á veces la
barba sobre las manos, pasaba allí dos ó tres horas, en las noches
del verano.

Pues bien, cierta noche del verano llegó acompañado de una niña
de doce años, pálida, con los cabellos rubios bien trenzados, cayén-
dole á la espalda sobre un vestido de negro percal, que daba ma-
yor realce á la blancura marfil de su rostro y su delgado cuello. La
niña llevaba al brazo su cuerda de saltar y quedóse de pie y arri-
mada al viejecillo, viendo correr ante ella muy gozosas y ligeras
bandadas de pequenuelas vistosamente vestidas, libres como mari-
posas entre las flores y alegres como pájaros en primavera.

La estrechez y tristeza de un cuarto quinto interior, allá situado
en una de las calles más pobres; lo difuso y complejo del recuerdo
de una mamá cariñosa, que abogada por una angustia terrible pu-
do, en un instante, sonreír con melancolía, besar á su hijita, y que
luego cerró los ojos y ni habló ni volvió á sonreír; el carro negro de
adornos dorados y de caballos con penachos como pavesas; el grito
y el llanto senil del abuelo, único amparo ya de la niña, que jamás
había oído hablar de su padre, todo aquello, condensado en un pen-
samiento, abrumaba en aquel instante el alma de la niña, y la oprimía
con aquella timidez incomprensible, sin duda, para el viejo y aun
para ella misma.

Sin embargo, sentíase alguna vez conmovida por los repentinos
impulsos, como impelida á mezclarse con las niñas del paseo, y á
respirar en aquel ambiente de alegría. Inquietud que primero la
hizo seguir con los ojos el ir y venir de las niñas, y luego la produjo
una envidia gozosa, que dibujó en su rostro una sonrisa inefable;
sentía impaciencia y temor, y como si en la espalda la punzase la
comazón producida por dos alas que iban á abrirse para un primer
vuelo.

Un paso, luego otro, y bien pronto estaría en medio de la regoci-
jada turba.

—¿Anda, juega, Amelita!—dijo el viejo dándola un empujoncillo
en el que puso todo el nervio de la voluntad.

—¿No conozco á nadie!—dijo la niña.

—¿Arrímate á ésas!—dijo el abuelo.

—¡No!—murmuró en voz baja la niña, con un cabeceo tímido,
rápido entrecejo y mohín de labios, señales en las que se daban
mucho del afán y un poco del disgusto de su ánimo.

En esto, prouta á inesperada, apareció ante Amelita una niña de

SAINETE INTIMO



El Sr. González estaba de monos con su dulce y cariñosa consorte. ¿Por qué? Por una fruslería seguramente.



Pero el caso era que la pobre señora pasaba las noches en el lecho conyugal, sola y compungida, esperando que el cielo pusiera paz en el desunido matrimonio.



Al cabo de unos cuantos días la doncella pidió hablar reservadamente con la señora.



Y la dijo con todo género de precauciones que el Sr. González había dado en la flor de ir a llamar con los nudillos a la puerta de su cuarto todas las noches. ¿Para qué? No lo sabía de cierto la pobre muchacha.



Entonces se le pasó por la imaginación una idea diabólica a la señora de González.



Y dicho y hecho. Cambió de sitio con la doncella.



Y esperó pacientemente al infiel para darle una lección dura, pero necesaria.



Pero pasaba la noche... y nada.



Y llegó el día, y nada tampoco: ¡Qué peso se le quitó del corazón a la esposa amante! Indudablemente se había equivocado la doncella.



Durante el almuerzo el Sr. González estuvo más cariñoso que nunca.



Y como la señora le tratara tan ásperamente como de costumbre...



Le dijo entre ofendido y receloso: --Pero, hija mía, ¿qué viene esto? ¿No hemos hecho las paces anoche?

su edad; una niña de cara rebosando júbilo, con mucha fuerza vital en los ojos, muy sonrosada; aquella niña, que tenía larga melena de oro, alborotada y rizosa, é iba vestida de blanco, dijo sonriente:

—¿Quiere usted jugar con nosotras?

Cogieron de las manos y partieron de allí rápidamente, como una golondrina y una paloma que se hubieran convenido para una excursión por los aires.

Al viejo le pareció aquella como la primera salida de su nietecilla a la vida del mundo. «¡Así pronto me dejará—pensaba,—no sobre, sino bajo una piedra! ¿Qué será entonces, Dios mío, de esta pobre niña?»

Y permaneció quieto como los árboles del paseo, y al parecer como ellos inanimado.

Divirtiéronse en mil juegos, competencias de salto y de carrera, corcos, en cánticos y danza y formando en corro niñas de todas edades, la escala de la infancia, desde la parvullita hasta la adolescente.

Ojalas el viejo cantar, pero no distinguía entre todas aquellas voces la de su nieta.

Aún no había Amelia cobrado toda la confianza y todo el ánimo necesarios para desenvolverse espontáneamente en su propia alegría; dejábase llevar por la alegría de las demás. Seguía el movimiento del grupo, pero al cabo de una media hora llegó, clara y distinta, á oídos del abuelo la voz de la nieta, que clamaba, con melancolía propia de la canción, y ya con el desenfado y la braveza propios de la libertad de un niño en sus juegos:

—¿Ha visto usted... á mi marido?...

Y no oyó más la voz de la niña, que había indicado una canción á la que luego se unieron en coro todas las demás vocacillas; pero había oído bastante, y, como una adormilada oruga su capullo, él comenzó á hilar, á hilar sus pensamientos.

Aquella voz había sido una interrogación al destino. ¡Inconsciencia terrible!

Parentale al viejo que toda la humanidad se agrupaba allí, á la claridad de los faroles, entre la muchedumbre de cabezas de los paseantes, vistas á través de las nubes de polvo; aquello era como una imagen del mundo con sus diferencias sociales y morales, y la heterogeneidad sorprendente que suele presentar por los vaivenes de la vida.

¿Sería obrero, sería soldado, comerciante, noble ó rico, bueno ó malo, joven ó viejo, el hombre á quien él había de confiar el porvenir de su nieta? ¿Estaría entre los jovencitos que ya hombreaban pasando al lado suyo, ó habría de llegar de muy lejos y cuando menos se le esperara? ¿Moriría él, el abuelo, antes de ese momento?

Cuánto él conjeturó, pensó é imaginó, fuera largo decirlo; y sintiéndose solo, luego de proponerse en su ánimo dos opuestas fantasías, una de venturas y bienandanzas, otra de contratiempos y desdichas, miró al negro cielo, punteado de estrellas, que le parecían otros tantos ojos por los cuales Dios le miraba al fondo del alma.

—¡Abuelo! ¿vamos? ¡Me he divertido mucho!—dijo la niña, muy alegre, y emprendió la marcha muy gentilmente, transformada, graciosa, y dando rueda á su comba salió del paseo seguida del abuelo, que con lento paso iba ahrumado por su grave pensamiento; y así entraron en las calles y siguieron hasta su casa, ¿quién sabe dónde?

JOSÉ ZAHONERO.

EL REY DE LAS SELVAS

Desde niña Aurora Mir tuvo la superstición de que había de morir en las garras de un león, y gran asco demostraba (lo que es tener aprensiones!) á todo lo que guardaba relación con los leones.

En París la persiguió y la mordió en las caderas un león que se escapó de cierta casa de fieras.

Vino Aurora con su tía á Madrid por Navidad, y aquí no tuvo ni un día completa tranquilidad.

La dieron tres convulsiones al pasar junto al Congreso y ver aquellos leones que están sujetando el queso.

Un día en misa mayor por poco Aurora perece, ¡Como que el predicador nombró al papa León trece!

Cartas echaba á montones, pero usaba de mil tretas por no hacerlo en los buzones de la calle de Carretas.

Al circo vino en el tren un domador superior, y Aurora cuidó muy bien de no ver al domador;

mas sin ir á las funciones pasaba ratos crueles, á ver aquellos leones pintados en los carteles.

Cuando á León y Castillo cualquier papel aludía, llevaba Aurora un sustillo, temblaba y palidecía.

Con Juan Monleón y Hartado se hubiera unido en Vallecas si él se hubiera apellidado nada más que Mon á secas, y en León un tal Narciso declararía su pasión; pero Aurora no le quiso por ser hijo de León.

Otra vez en Avilés la pretendió Lino Mora, y aunque él no era leonés no quiso casarse Aurora, pues teniendo ella un millón y siendo un pobrete Lino, hubiera sido la unión un contrato *leonino*.

Peró después, en Cascante, se casó con León Bustos, y el grandísimo tunante mató á su esposa á disgusto.

¡Al cabo y al fin Aurora fué víctima de un León! ¡Ríanse ustedes ahora de la predestinación!

JUAN PÉREZ ZÓÑIGA.

MADRIGAL

(DIGO NO, TODO LO CONTRARIO)

Si una mujer, vencida por la pasión que dices que te ciega, aun antes de pecar arrepentida te suplica y te ruega que no hagas la desgracia de su vida, no tengas compasión, ni del encanto sustraerte procures al hechizo; riñete de su angustia y de su llanto, que no compensa la opinión de tanto la pena del placer que se deshizo.

En juegos de esta clase pierde el bueno. Mejor cien veces que pecar de insulso es dejarse arrastrar por el impulso del instinto brutal, loco y sin freno.

Porque si llega el día en que la ames aún y no te ame, será traidora, infame, dura, cruel, imperturbable y fría, y ha de gozar con el tormento horrible del dolor que te hiere, con la calma impasible del que no quiere ya... porque no quiere.

¡Duro y á la cabeza! ¡No te pares en súplicas ni en nada, que en amor miran todas la nobleza como una estupidéz exagerada!

SINESIO DELGADO.

NOCTURNO

Descansa Madrid rendido por la pasada vigilia; solamente algún colmado, en callejuela escondida, por sus entornadas puertas deja traslucir la orgía que entre tabiques de tablas estrepitosa palpita.

Salen del estrecho albergue que al vicio ampara y cobija rasgueos de una guitarra, rumor confuso de risas, monotonos golpeteos de palmas repetidas, voces roncadas que jalean al hético guitarrista y otras voces que pretenden cantar y se desgañitan.

El humo de los cigarros, á manera de neblina, agigantando el conjunto con vaguedades lúmnicas, envuelve apretado corro de sátiros y odaliscas.

¡Resulta el cuadro confuso, pero enérgico de líneas! Hay en él decrepitudes, hay mocedades marchitas, de traficantes en vicios onerosa mercancía; bellezas, esclavizadas por el lucro y protegidas;

las que rodaron más bajo ó rodaron más de prisa, las que arrojó la miseria en brazos de *Cristinas*. Hay prófugos de las aulas, abonados á las *limbas*, Narcisos explotadores de bellezas femeninas y aristócratas viciosos injertos en chulería.

El vino imprime al lenguaje

prosodia característica, tartamudeces de niño y balbuceos de sílabas. Las mujeres, todas ellas están de placer ahitas y nada las enardece, ni el vino ni las caricias; sin embargo, por costumbre, á cada instante prodigan histéricas carcajadas, falsas como su alegría, y simulan deliciosas emociones no sentidas.

Los hombres, desenfrenados, las golpean ó acarician, y entre vocablos de tasca y chistes de mancebfa estallan ardientes besos que se dan sin que se pidan, hacen el deseo intencionado que el alcohol esteriliza y exhibe la bestia humana hediondeces repulsivas. La luz del alba entretanto, temblorosa y blinquecina, por los empañados vidrios va penetrando furtiva.

Ya van siendo los abrazos desesperados de fatigas; ya las piernas se resisten, temblonas y entumecidas, á ser sostenidas de cuerpos desmadejados que oscilan; ya están los ojos vidriados, las voces esronquecidas, desgrednadas las cabezas, arrugadas las camisas, hasta que, al fin, del tugurio que les sirvió de guarida, con las caras macilentas, la reunión se retira cuando el obrero afanoso sale á luchar por la vida.

ANDRÉS PÉREZ DE LA GREDA.

FANTASÍA CELESTIAL

Un santo dicen que en el cielo había que, siempre sin devotos, se aburría. Cansado del quehacer de no hacer nada, al Señor acudió con quejas tales que, encontrándola *Aquí!* muy razonada, la petición del santo fué cursada y resuelta en los centros celestiales. Y la gracia pedida

le fué al santo al momento concedida,
dándole facultad para hacer cosas
que eran, como de un santo, milagrosas,
estupendas y raras.
;Como que daba á las mujeres feas,
aunque tú no lo creas,
hermosísimas caras,
y á la más horrorosa
que rezase con fe la hacía hermosa!
No creo necesario
añadir que acudieron las devotas
de un modo extraordinario,
desde tierras extrañas y remotas,
á visitar el nuevo santuario;
y, cuando guapas luego se miraban,
á la imagen un ósculo le daban.
Al principio, al buen santo
el beso aquel le entusiasmaba tanto
que prometió hacer bellas con exceso
á todas las que el beso
le diesen en la cara, en vez del manto.
Y viendo las devotas peregrinas
que al besarle en la cara
las hermosas poníanse divinas,
ni una quedó que el manto le besara,
y aun más de alguna había
que el ósculo en la cara repetía
con grave detrimento, pues notaba
el santo cada día
que su rostro ¡oh dolor! se desgastaba.
Y al sentir tan continuo besuqueo,
víctima ya de aterrador mareo,
es fama que entre dientes dijo el santo:
—Las vuelvo hermosas y me ponen feo...
;Buena es la devoción, pero no tanto!

FEDERICO CANALEJAS.



El día antes de verificarse cualquier partido de pelota de los que ahora
se dan en Fiesta Alegre, salen diciendo los periódicos:
«Gran partido de pelota á cesta entre cuatro célebres pelotaris.»
Y luego van y juegan Sarasúa, Machín, Alí, etc., etc.
Los cuales son unas excelentes personas; pero ¡juro á Dios que no son
célebres todavía!

Escribió un libro Gaspar
en que logré demostrar
que la mujer licenciosa
de vida puede cambiar
y ser excelente esposa.
Y he sabido que el autor
que logré demostrar eso
plantó á su futura, por
que de otro novio anterior
recibió en la mano un beso.

FRANCISCO AGUADO ARNAL.

Copio de un periódico importante, para que se vea la pena que nos
ahoga:

«PUEBLOS INUNDADOS.—ESPANTOSA CATÁSTROFE.—Tormenta
horrible.—Lineas cortadas.—Trenes detenidos.—Cuarenta muertos.—Temo-
res.—Más muertos.»

Esto no es más que el epígrafe. De modo que para seguir leyendo lo
que viene detrás hay que beber un par de vasos de agua con azahar.

Según *El Diabio Verde*, nuestro apreciable colega de Barcelona, el *Dibe-
vio* da cuenta del suicidio de un sujeto, y añade:

«El desgraciado presentaba síntomas indudables de enajenación men-
tal, pues había confesado y comulgado el día anterior.»

¡Ah! ¡Conque la confesión es un síntoma indudable de locura!
;Pues no están poco arraigadas en Barcelona las creencias heréticas! Y á
todo esto, ¿qué habrá dicho el señor obispo?

Pues señor... casi todas las semanas se nos pierden una porción de pa-
quetes.

Y de ejemplares sueltos no hay que hablar, porque no llega casi nin-
guno.

Es decir, alguno puede que llegue, pero como ha habido reformas en
Correos, y no falta gente que busca un pretexto de cualquier clase para
poner el grito en la gloria y recibir dos veces el mismo número...

En Sevilla están como quieren.

Han robado á un sajeto, en pleno día y á la faz del ardiente Febo, un
saquito que contenía cinco mil duros en oro.

A los ladrones no les han echado un galgo, como se dice vulgarmente,
porque la autoridad se ha convencido de que sería inútil.

Y digo que están como quieren en Sevilla, porque había allí cinco mil
duros en oro, y aunque ahora han cambiado de mano, el caso es que
los hay.

Lo cual no se puede decir de las demás poblaciones de España.

Ha regresado de su expedición veraniega nuestro queridísimo amigo el
Sr. Gutiérrez.

Esta noticia es, por lo menos, tan interesante como otras parecidas que
han empezado á rodar por la prensa.

Y por eso la damos sin escrúpulo.

El tren de Granada ha sido apedreado entre las estaciones de Antequera
y Bodadilla.

Ya sé yo á quién van á echar la culpa los periódicos.

¡Al ministro de Hacienda!



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Reincidente.—Género pasado de moda completamente; y no se puede
decir *suavero*, así en esdrújulo, porque está prohibido hasta ahora.

Chironi.—De prosa nada, no podemos admitir nada.

Otelo.—Graciosa, aunque un poco atrevida la idea; pero la forma no me
llena del todo.

Sr. D. V. E.—Mediano es el romance.

Romillo.—Y los cantares también.

El cantor de Eilen.—No puedo aprovechar más que lo que verá en el
número aquí presente.

Secante.—Poquita cosa y con repocísima gracia.

Minlasem.—Pues anda, que el romancillo ese no es cosa mayor que
digamos. ¡Ay! va usted á tener que pagar la cena.

Garrapatá.—Vamos á ver:

«En el año no sé cuántos
en una noche de Enero
un señor gordo escribía
á la luz de un reverbero;
su frente estaba arrugada,
sus ojos de tigre fiero...»

¿No es verdad que así cantan los ciegos una porción de cosas?

Rechupete.—No deben ser de usted esas moralejas; porque no son de re-
chupete, ni mucho menos.

El sepulturero.—Es una imitación de Bécquer, pero tan mala, tan mala
que... en fin, usted mismo va á juzgar:

«abrieron la caja,
sacaron al muerto,
y vi sus facciones
entre el velo crespo.»

¡Esos velos crespos no pueden pasar ni en esta época de motines!

Gabito.—¿Lo ha hecho usted así de propósito? Porque si no... no se
comprende.

Sr. D. A. D.—Madrid.—Ya sabe usted que los artículos son aquí ma-
teria contumaz y no pueden pasar la frontera. Porque la producción de
casa basta y sobra para el consumo.

Sr. D. M. M.—Vulgaridad en todos los cantares...

¡Huya usted de unas cosas tan vulgares!

P. K. Minoso.—También ese romance es mediano. Y el asunto no vale
la pena.

P. Pito Ria.—Verá usted:

«Si de mis penas te alejas
basando todas tus quejas

(Hasta ahora va bien.)

porque no obtienes mi favor
que te crea, dices, por tu honor.»

Ahora ya se ha echado á perder en un momento.

Porque esos dos versos no son octosílabos, ni lo parecen.

Káscaras.—¡Sí, cáscaras, qué flojitas le han salido á usted entrambas
hamoradas!

ANUNCIOS

(SALVADO A TIEMPO)



Juan estaba aburrido; no encontraba nada bueno en este bajo mundo, y decidió pegarse un tiro en la sien derecha.



Al ir a consumar la suerte, se le presentó un ángel con alas azules que le dijo: — ¡Espera y juzga!



Le llevó a casa de *Pesquera*, Magdalena, 20, donde le hizo admirar unos magníficos cortes de pantalones ingleses.



Le puso sobre la cabeza... un sombrero de *García Carrasco*, Carretas, 26, que le sentaba admirablemente.



Le quitó todas las pecas, manchas y granos de la cara con el *Coldcream* virginal de la farmacia de *Torres Muñoz*, San Marcos, 7.



Le llevó después a la *Droguería y Perfumería* de la calle de *Fuencarral*, 24, donde le perfumaron el pañuelo con *Colonia Palomar*.



y le hicieron desaparecer la calvicie iniciada con unas cuantas fricciones de la *Quina Palomar*.



Le hizo cambiar la camisa por otra de *Martínez*, San Sebastián, 2, infinitamente mejor y mucho más barata.



Le presentó a *Tirso*, Mayor, 78, que con mucha amabilidad y exquisito esmero le limpió la dentadura, dejándosela como una patena.



Le entretuvo agradablemente más de una hora enseñándole en la calle de *Alcalá*, 18 (*Escofet, Fortuny y Compañía*) los mosaicos hidráulicos para pavimentos,



las baldosas especiales para aceras, patios, terrazas, cuádras y azoteas,



los riquísimos, variados y artísticos artesonados y florones para techos



y la infinidad de objetos de arte en cerámica, mayólica y barro que son el encanto de las personas de buen gusto.



Le hizo lavarse las manos con una pastilla de jabón de *La Pasionaria*, Carrera, 12, Tudela.



Le presentó una cama del Bazar de la Plaza de la Cebada, núm. 1, dura, elegante y resistente



y le hizo acostarse en ella para que probara sus excelentes condiciones.



En seguida le administró un par de copitas de *Cognac fino de Moguer*, *Sobrinos de Guinea*, *Carretas*, 27, y *Depósito de vinos*, *Arenal*, 2.



Y le dijo por fin: — ¡Ya ves que aún quedan muchas cosas buenas en el mundo! Sniciate ahora, si quieres, y perderás todas esas gangas!

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peñalvar, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DÍA Y CUATRO

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA

COMPañIA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID